



SOY UN BOSQUE QUE ARDE

Luis Gallardo Gil
Pluma de Ícaro

SOY UN BOSQUE QUE ARDE



Primera edición: junio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Luis Gallardo Gil

ISBN: 978-84-18828-06-5

ISBN digital: 978-84-18828-07-2

Depósito legal: M-19479-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A todos aquellos que creyeron que de verdad volaría

Regalos de Navidad en junio

¿Cómo te cuento yo ahora que Navidad este año no
llegó antes de tiempo a mí,
sino que llegó?

Que la casualidad de tropezarte en mi camino y vol-
verte pieza de un puzle enreve(r)sado
no me hizo ver que la imagen que había en la caja
eran tus ojos.

Que he pasado de temerle al frío de la soledad del
abandono, de contemplar la ataraxia como eutanasia
emocional

a desnudarme en cuerpo y alma a tus pies
y a los míos

y tratar de quereros (a ti, estrella que guías mi norte
y a mí, quien dará los pasos que me conduzcan a los
Campos Elíseos) de la mejor manera que se me ocurra.

Es en una habitación abandonada en la que,
cual rebeldes sin causa,
nos desenvolvimos como regalos
de los Reyes Magos en junio
donde te di el reino de mi cuerpo y
donde me diste la magia de tus caderas.

El lugar en el que nuestras bocas se volvieron de niños inocentes de tacto amable y sonrisa sincera.

Tus besos se vuelven una cuna en la que mecer mi fragilidad
y mis brazos, lejos de querer ser cárcel o cadena recorren tu cuerpo con soltura como si Hefesto las hubiera forjado en la fragua para fondear en tu figura marina.
Pequeño puerto con un océano de amor para dar con una tempestad preparada para quien ose desafiarte con una caricia sincera por cada vez que me noto hundido.

En la misma habitación como dos rayos de sol que se fragmentan la piel en las pupilas del otro renacemos como animales salvajes, atándonos a nuestros instintos más básicos:
amar.

En tus ojos hay fuego
y en los míos reflejados me sé a incendio.
Nos volvemos arcoíris en la lluvia de sudor
y somos nosotros quienes causamos los truenos.

Soy un pequeño pájaro que se agarra a tus ramas para descansar,
eres el peluche de un niño que ahora le planta cara a sus pesadillas,

somos el mundo patas arriba, el Ragnarok emocional, el eclipse de la juventud.

Somos nosotros estando vivos, ¿te lo puedes creer?
Atas a nudos una pulsera en el brazo dañado de un niño de cera

y, cuando te das cuenta de que también anudas penas, miedos, incertidumbres,
las besa, una a una.

Siento el amor en la punta de los dedos
y escribo en piel ajena como un tatuaje;
acabo los versos con besos, porque con saliva es como se cicatrizan las mejores heridas.

Te regalo mis dedos y mis labios hasta que se te quede grabado en el cuerpo, en el alma, en la piel:
Te quiero.

Pies de cera

No creo poder tocar el cielo con las manos.

-Safo

No creo poder tocar el cielo con las manos
pero me dan ganas de mirarme los pies
cuando son tus huellas las que estos andan siguiendo.

En este jardín hemos hecho nacer un edén
pero sin costillas, ni dioses ni serpientes,
esos que miren de lejos cómo rezamos a Afrodita,
cómo el universo se encoje y se reduce a tus iris.

Eris nos lanza una manzana y lleva tu nombre inscrito.

A los pájaros, cuando se cansan, se les enfría el corazón
y pliegan las alas.

A mí, cuando el mundo me ataca, me dan ganas de
plegar mis brazos en tu cintura
y mi corazón arde. Busca tu latido, tu música.
Si Apolo así lo quiere, serás tú su décima musa.

Estas urracas me revuelven el pelo, como tus manos
estas urracas me hacen querer volar, como tus manos.
Contigo me dan ganas de arremeter contra las puertas
de Troya
si es tu cuello el que se esconde detrás de ellas.

Cabalgo el viento, me sumerjo en el tiempo
me desmonto como un cristal lapidado
y un trocito
te lo doy a ti
para que en mis ojos puedas verte la sonrisa
y mis labios te recuerden siempre que esa es tu mejor
curva.

El niño de velas
se ha enamorado del sol.
Se ha derretido y eso significa
que ahora puede moldearse.
Se hace alas
se pinta los dedos de verde
vuela alto.

El niño de cera puede llamarse pluma
si el sol tiene el nombre de dios romano.
El niño de cera puedo ser yo
si te atreves a derretirte conmigo.

Niño a la deriva entre las islas de tu espalda

Soy el niño que corre
descalzo
por la arena blanca
y suave
hacia tus brazos
sin preocuparse por las pequeñas piedras que puedan
meterse en sus heridas
sin cicatrizar.

El que naufragó en una isla desierta
de cierta mar en el fin del mundo
y tuvo que aprender a tallar pájaros
con la cáscara de los cocos que devoraba
para asustar a los tiburones
que no le dejaban
bucear
en paz.

El que se marchó en una balsa
y se hundió porque nunca fue capaz de aprender
a atar nudos

y cabos sueltos
y acabó en un cabo
rodeado de indígenas que no le conocían
y aun así le hablaron del mundo.

El que se lanzó de una montaña
usando hojas de palmera
como alas
y funcionó
hasta que volvió a meterse en una tormenta
de verano
que duró más de un verano.

Ahora, soy el niño que corre a tus brazos
y tiene millones de heridas y costras y playas en los ojos
pero no se detiene.

He aprendido a remar junto al oleaje
en vez de siempre
nadar
contra mí.

Un lobo que aúlla cuando el resto del mundo calla

Un lobo sin manada
en la tormenta de un mar de sílabas y ascuas
se relame las heridas
con una lengua de cenizas.
En el bosque todo llora
menos él
ni quiere
ni puede
ni sabe.
Ya no.

El lobo era un niño perdido
que se guiaba por el canto de pájaros imitadores
y osos de gran tamaño y hambre y ambición.
El oso quería que el lobo fuera grande
y él se conformaba con seguir buscando otros lobos.
Los conejos se arrancaban las orejas cuando pasaba
para que no les pudiera ver
y él se hacía el tonto
y andaba de puntillas

para evitar cargarse sus madrigueras.

El lobo era pequeño y se conformaba con ver mariposas
pero en invierno todas eran devoradas por gaviotas
que se perdían

y palomas que nadie quería.

Por la noche, reclamaba a la luna.

Le pedía un arco, dieciocho flechas

y unas garras lo suficientemente afiladas como para trepar.

El lobo quería ser ardilla, ratón o liebre.

Acercarse al cielo,

escondese entre los matojos

o saltar tan alto que el tiempo silbase a su paso.

El lobo pedía, pedía, pedía

se pintaba el pelaje blanco con su sangre

creyendo que así la nieve se volvían hojas muertas.

Atrasaba la hora

cada vez que tocaban la primera campanada de las doce.

Mordía calendarios de adviento

sintiendo que podría comer todo el chocolate que quisiese
si nunca llegaba el solsticio.

Pero el chocolate se pudre

La nieve se vuelve hielo

y las estrellas se cansan de ser adornos,

volviendo a su hábitat natural a nacer, crecer, follar y morir.

El lobo cambia la dirección de sus colmillos

y se hace el harakiri en la lengua

para no relamer huesos que ya no tienen carne.

El lobo me dice que tengo unos dedos perfectos para
agarrar el sol
y frotarlo en mejillas bañadas en mar.
Que los lunes no son tan horribles si eso significa que
puede morir el domingo
en vez de dejarle existiendo en bucle las noches que no
duermo
y no avanzo.

Que el lobo y yo nos parecemos en la forma de escu-
char a los ruisseños
y bañarnos en ríos de agua templada para ver si evapo-
ramos los males o congelamos el tiempo.

Que quitarme las espinas
de las rosas
(dios, estoy tan harto de las rosas)
también es quererme
aunque duela.

El lobo se vuelve el mejor amigo del conejo
se hace vegetariano
y se muere con una sonrisa
al lado de la cueva de un oso
que podría comer bayas
mientras le arranca la cabeza a otro salmón.

El lobo se va con la luna
y ya no le pide ser otra cosa que no sea un lobo.
El conejo dibuja con la sangre del lobo
una señal de stop.
Se pega de nuevo las orejas con una grapadora
y se come una zanahoria asada
delante de un fuego
en su madriguera (casi) perfecta.
Y añora al lobo, la punta de sus dedos y
odia escuchar tanto silencio acumulado.

El fuego se apaga con la tormenta que siguió al lobo.

El conejo, también.

El tigre triste que depredaba sus demonios

¿Sabes qué le pasa a un depredador de mentira cuando se cruza con un animal de peluche?

Un camaleónico tigre triste que traga tormentos en su tarima de cristal

que para colmo ha perdido dos hermanos: su ángel y su demonio; que ahora vive en una especie de limbo emocional, que se camufla entre los colibrís de aleteo forzado (te recuerdo que estar atado al cielo es lo mismo que no haber sobrevolado la libertad nunca).

La imagen de un conejo análogo a la seguridad, los rayos de luz que atraviesan el iris como la flecha de un arco tensado por Artemisa,

quien observa la cacería, expectante, para ver si los saltos al vacío son algo real o un invento de la prensa.

El conejo esconde las orejas del frío que le entra al ver la crudeza del mundo.

El conejo trepa un árbol esperando no ser víctima de las fauces de un cocodrilo violento.

El conejo se olvida de que el dolor deriva en demencia y la demencia hace a una persona lo que las manos le hacen al corazón siempre: desgarrar.

Se lo traga y se ahoga.

Eso es lo que pasa.

Y el depredador conoce bien este poema.

Ardes

Ardes.

Lo noto en darle la mano a tu recuerdo sempiterno
mientras paseo por una calle que se enciende y apaga a
destiempo con mis pasos.

Te llueves en otros cielos
mientras yo imagino tus gotas
cristalinas
invisibles
resbalarse juguetonas entre las nubes de un tren desde Barcelona
a un pueblo que no nombraré para no invocarte de más.
Me gustan los osos, los búhos y los lobos
y desprecio a colibrís posados en farolas
y cuervos desaprendiendo a contar hasta diez.

Robles por raíces
sin plantar verde en unos ojos
que buscan hacer la fotosíntesis constantemente.

Ardes.

Lo noto en la forma en la que tus pies se confunden con alas